

LA "LEYENDA" DE LOS BARBAROS

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Van para viejas las razones que combatieron, con fortuna, la idea necesariamente pueril de que en la civilización griega jamás se ponía el sol. Era Grecia un soto idílico donde los hombres, generación tras generación, caían prisioneros de sus áureas redes; era un hontanar con el mar y con el cielo luminosos que facilitaba las plegarias jocundas. Nada había tan lícito como empequeñecer lo propio para que la edad clásica —“clásica” *par excellence*—, grávida de plenitud, fulgurara real y ensoñante. ¡Al fin y al cabo, alguien tenía que ser el último! Y fue el caso que, no obstante su perfecta transparencia, aquella idea comenzó un día cualquiera a desmoronarse, a velarse en su apuramiento celeste. ¡Ah!, la Hélade cuidada y absoluta, toda espiritual en la luz, dejaba ir su belleza fulmínea, su diurna ave de presa, y, como un atlante deshecho, se reducía a la medida humana. Pero ¿quién acabó ¡ay! con “el milagro griego”? ¿Fueron, tal vez, razones sutiles? ¿O acerados pensamientos metafísicos? No; bastó apenas que se cavara aquí y allá. En Numancia, en el Sudán, en tierra de los Yorubas; en I-dschu y en dominios que fueron de Tutankhamon; en este mundo ancho y ajeno de selvas inextricables, de climas hostiles y altas mesetas, unos hombres, con más sentido deportivo que científico, iniciaron una temeraria navegación de profundidad. Y como lo hubiera hecho Jasón, fueron más allá de las Columnas de Hércules, que este dios, este héroe, colocó seguramente a modo de límite del *milagro* portentoso. Ahora, merced a un Frobenius, o a un Schulten, la cultura helena ha dejado de ser un milagro o, por lo menos, tiene que compartir ese prestigio con otros veinte milagros más.

Decir esto equivale a solazarse en una perogrullada, mas nos del todo necia. Porque aun hay personas que, de golpe y sin dejar de reconocer un universo cultural de radicales diferencias, caen en las mismas ensoñaciones que combaten. Claude Roy, por ejemplo, escribió un ensayo, “*Grecia, nuestro lugar común*”, en el cual, a vuelta de una brillante arremetida contra el halo de misterio griego, asesta duro mandoble sobre las culturas precolombinas. Nada más inexacto y ligero. Cuando Roy deja caer su frase “de los dioses crueles del Oriente antiguo, de los dioses caníbales de la América precolombina, del ‘Jehova-la-colére’ al animismo angustioso de las cosmogonías primitivas, se diría que los hombres tienen casi siempre demasiado miedo de ser hombres para tener la posibilidad de respetar a sus compañeros”, recoge una falasia que creíamos completamente extinguida. Pues el horizonte cultural de la humanidad hace días

que amplió en proporciones gigantescas sus fronteras. Y hoy los hombres, en verdad cultos, evitan suplantarse con su mundo el de los demás. Esta fue una de las capitales lecciones de aquellos descubrimientos: evitar la incomprensión de las culturas cuyo eje pasaba allende el radio Atenas-Roma. Conforme iban aflorando otras culturas —la Sumérica, la Hindú, la del Lejano Oriente, etc.—, la griega ni cegaba, ni alucinaba: por el contrario, una nueva e inusitada iluminación, tal vez menos radiante, descubría en ella virtudes y cualidades nuevas. Se había perdido, en suma, la “Beatería” de lo griego. Necesitamos, es cierto, a la cultura grecorromana para que la Humanidad derive la profunda lección de “ser-en-conjunto”, que es, en definitiva, la de saber conducirse como hombres; pero a cambio de que los demás pueblos puedan comunicarnos sus primicias.

¿Fueron, pues, los dioses de las culturas precolombinas caníbales? ¿Qué Dios vemos cuando conocemos hoy un Dios maya o un azteca? ¿Vemos el mismo Dios que contempló, digan ustedes, Hernán Cortés en el santuario de Cholula? ¡Claro que no! Cortés tuvo delante unos dioses menos intensos, unas divinidades como habiendo sido otras divinidades, esto es, aquellas que en verdad fueron. Es lástima grande que el conquistador hubiera encontrado el Imperio Azteca en su período desvaído o decadente. Hacia 1519 —que es la fecha de desembarco en las costas de Méjico— los esplendores espirituales de la fastuosa Tenochtitlán estaban apagados: eran verdaderas lumbres mortecinas, y Cortés, ave de corto vuelo espiritual, apenas se formó la impresión de la magnificencia externa, meramente periférica. “Hay la manera de vivir que en España, observaba, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas”. ¿Cómo fue posible, cómo fue posible tan admirable concierto y tan inexplicable mengua posterior?

No hubo tales dioses caníbales. Dos hechos completamente nuevos lo corroboran: primero, el moderno saber histórico del hombre occidental cuyo hallazgo de importancia decisiva —si no el más decisivo— consiste en haber descubierto a la religión como germen de cualquier civilización; y, el otro, las investigaciones arqueológicas, aunque, a la postre, ambas confluyen en una misma zona de expresividad. Gracias a ellas, allá van el *milagro* griego mezclado tinosamente con nuestro *milagro* de Tenochtitlán, con nuestra inmemorial civilización de Tiahuanaco, con nuestra andina Machupicchu, celeste flor americana. Si Grecia inventó los temas sustanciales de la cultura Occidental, éstas promovieron también títulos “clásicos” de cultura. “¿Acaso crees, corazón amigo, que sólo vivirás en la tierra? / Te angustias, oh corazón mío. ¡Yo nací en la tierra! / ¿Acaso tú eres tu propio amigo? ¿Acaso vives para tí mismo?”. No creo que ningún místico español hallase en esta muestra clásica de la Sociedad Azteca, de tan profundo sabor religioso, espejada la experiencia de inclinaciones bárbaras. ¡Qué placer presenciar el vuelo de unos y otros —clásicos occidentales y clásicos precolombinos— sobre la “soledad de amor herido”: “No quieras despreciarme / que si color moreno en mi hallaste / ya bien puedes mirarme, / después que me miraste, / que gracia y hermosura en mi dejaste”. (*Canciones entre el Alma y el Esposo*, de San Juan de la Cruz). Y más que placentero es conmovedor sorprender, en

edades y culturas tan dispares, como fueron la que inspiró los *Anales de Cuauhtitlán* y la que, plantada por la mano del Amado, allá en la España caldeada en la lumbre de la fe, trasmudó a San Juan de la Cruz en saeta de luz viva —lumbrecica, él diría— súbitamente suspensa sobre irisaciones de azucenas reidoras, naranjos en flor, prados de verduras y... ¡vestidos los dejo de su hermosura!

El tema apasiona, lector, y nos llevaría sin reposo por esos montes y riberas del descalzo de Duruelo. Cuando llegamos hasta una vida profunda y pobre, abrasada y simple, alerta en el aire, se tiene la impresión de sumergirnos lejos, muy lejos de la tierra erizada de vanidades que nos acechan desde todos los vientos cordinales, en el océano de la humillación total, y cuyas espumas ofrecen a los ojos del mundo el camino invisible para los que buscan al Escondido. Y humildes han de estar para siempre. ¿Habrà quién pueda interrumpir a San Juan de la Cruz en su oración insaciable? La verdad es que, con las mejores fuerzas de su alma, el Santo maravilloso nos retiene, nos retiene con su rumor de bondades no dichas antes, con sus transparentes maitines, con sus doradas “mieses siderales”. Conforme camináis, volveréis irremediabilmente la mirada al frailecito, y sólo el corazón acertará a exclamar entre inéditas formas de ternura: —¡qué milagro aquel, Dios mío! ¡Allá está: el fruto, perenne flor! Según decía, pues... Todos estos apacibles remansos de serenidad milagrosa que uno descubre leyendo la *Noche Oscura* o los *Anales* son gracias divinas derramadas entre las manos del mundo, formas que lo humano adopta cuando deja de ser únicamente carne consunta. Y el mundo sin ellas quedaría mutilado con pavor. Arriba están: prontas, prontas...

Mas es forzoso decir que, con relación al pensamiento místico azteca, floreció a su vera, como ponsoñoza flor, el crimen, los sacrificios humanos y muchos otros horrores, como sobre yermos despiadados. Cada piedra, cada río, cada grumo de tierra, todo, se tiñó de sangre: fue la ciega bárbara de niños, doncellas y ancianos. Y algo de nosotros, de una manera instantánea, se rebelaba al leerlo. Sin necesidad de explicaciones —“el hombre no tenía otro fin sobre la tierra que el de alimentar al Sol con su propia sangre, sin la cual el astro moría agotado”—, en una visión única y momentánea, nuestra admiración suponía bárbaros entre los más bárbaros a los aztecas. Estábamos ante el vacío de lo supremo y excelente. ¿Cómo, después de ésto, íbamos a creer en la espiritualidad, en la elevación moral de aquel pueblo primitivo? ¿Nos resignaríamos a perdonarlos, en obsequio del principio trascendental que encierran sus breves poemas, sus graves ritos ceremoniales y sus narraciones místicas? Sin duda, distábamos mucho de ese perdón. Pero ahora la arqueología y los rigurosos estudios científicos (1) nos han enseñado a leer lo de dentro, buscando el sentido profundo de la ambigüedad desconcertante. Pues bien; estas ciencias esfuman para siempre el escorzo sangriento de las divinidades aztecas, y hoy quienes lo aceptan, como Roy, apenas alcanzan a tejer el tapiz envejecido de dichas deidades, donde por lo tenue no hay puntos reales de

(1) a) Puede consultarse, entre otras, *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*, de Laurette Séjournée; b) Roy habla de los dioses caníbales de toda América; pero como es sabido, esta visión nació del canibalismo azteca. Por eso el tema aquí tratado no tuvo necesidad de abarcar otros casos; c) La historia lo mismo que la arqueología designan con el nombre de Imperio azteca todo el “ámbito” cultural de México hasta el descubrimiento. Pero

apoyo. No dejaba de maravillarnos ya la ambigüedad con que un pueblo entero, a través de miles de años, arrastraba su fatal destino, “al parecer sin quejas y hasta con algún contentamiento”. En rigor, era absurdo que con tan deliberada paciencia se devorara a sí mismo. Se trataba de una ilusión confusa que nos hacía ver la hora del menoscabo como la de plenitud. Veámos, por tanto, cómo se fraguó de un lado la barbarie, y de otro, cómo se consumió la espiritualidad azteca con la idoneidad de lo espontáneamente atroz.

Esta historia debería contarse como un cuento de hadas. No porque sea de la estirpe de *La Rana Encantada* o de *La Guardadora de Gansos*: pura y mágica fantasía, sino por su asombrosa intemporalidad. Se supone que, poco más o menos, las narraciones de hadas, tan de encantadora sencillez, se pierden en la noche de la historia, por allá en tiempos de Maricastaña. La verdadera misión de la leyenda aparece cuando deja de ser suceso temporal y, sacudiéndose de lo fenechible, se apareja al raudo correr del eterno fluír, maravillosa potencia de espiritualidad. Camina sobre el místico relámpago que pasa. Y, ante todo, el ayer ha dejado de serlo para ascender a las esferas de lo siempre humano. El papel del cuento de hadas, cuando no es sino leyenda, consiste en simbolizar la “aspiración” permanente del hombre. Son una vereda encantada por donde primero se internan los niños. Pero ¿no es esto —conservarse secretamente niños— lo que hace más hombres a los hombres? Y así como en las narraciones de hadas solemos expresar ese misterio de rehusar morir nunca, con la historia del Imperio azteca, aunque en el hervoroso correr de los días vivió un instante, podemos sorprender el eterno combate entre las fuerzas sublimes que buscan perfeccionar y modificar la especie, y las que, ansiosas de *toccar lo fondo*, pretenden abatirla. Es la eterna brega entre Abel y Caín. ¡Terrible, decisivo destino! Del impalpable ensueño que sueñan los justos, en este caso Quetzalcoatl, pasamos a contemplar una especie de azaña negativa, donde la actividad es, por esencia, odio y debilidad. Vano será fijarle fecha: acontece hoy, ayer y mañana. Dejemos, pues, que la “leyenda” azteca surja instantánea y arrulladora, que sepa “a moza junto a la fuente, que cada noche es mujer”.

Erase una vez, en la región más transparente del aire, un pueblo muy hábil que tenía por nombre Tolteca o Nahua. Sutiles y primorosos en cuanto ponían la mano, hacían sus casas muy bellas. Fueron los inventores del arte de hacer obras de pluma. Tenían asimismo mucho conocimiento de las virtudes de las hierbas, lo cual les facilitó ser médicos y esencialmente los primeros en este arte. Tanta gloria alcanzaron, que

debe entenderse, no obstante esta generalización, la existencia de dos pueblos bien diferentes: el azteca o chichimeca y el tolteca o nahua. Estos últimos construyeron a la gran Tollan y crearon la religión, frente a la magia de los aztecas, que, luego, estos últimos explotaron como arma política y como repugnante *Razón de Estado*. Por eso cuando se dice pensamiento religioso del Imperio azteca, en rigor, es el de la religión tolteca.

Fuera de ésto, la idea de Claude Roy sobre los aborígenes americanos constituye un verdadero fruto tardío, ya sin *plein air*, de teorías que hoy solo tienen valor o, todavía mejor, curiosidad bibliográfica. Y, en efecto, sólo puestas al servicio de la noticia de libros raros y curiosos hay que registrar, entresacándolas, aquellas de que los americanos son degenerados, irremediabilmente brutos —como afirmó el Abate Cornelio de Pauw, en su *Rechercher Philosophiques sur les Americains*. Ni la perfección ni la decadencia; entre uno y otro punto, habría que decir.

abundaban allí los lapidarios, los pintores, los carpinteros, los albañiles, los encantadores y oficiales de pluma —y de loza—, los hilanderos y los tejedores. Hábiles en la astrología natural, conocieron, los primeros, cuántos días tiene el año, y, sobre la faz en rosa de sus piedras, contaron tanto los días guarecidamente celestes como los de oro crepuscular. También inventaron el arte de interpretar los sueños. Y perseguían los rasgueos de luz de las estrellas. Eran buenos hombres y allegados a la virtud. Eran de procerca estampa. Y eran —¡sí, señor!— muy devotos y grandes oradores, cuando aún sucedían cosas maravillosas... Vivían con su padre el rey, Quetzalcoalt, en la primera ciudad que él adivinaba precolombina donde cristalizaron los cuadros sociales y religiosos por más de mil quinientos años, y todas las tardes, cuando el sol doraba los altos árboles, bajaba al jardín y se distraía enseñándoles la manera de pulir el jade y otras piedras preciosas con aguas de berilo, de ónice, de cornalina. O a tejer telas policromas, o a fabricar mosaicos con plumas del quetzal, del pájaro azul y del colibrí. Pero, sobre toda cosa bella, les enseñaba la ciencia y la elevación moral. Elegía al que era virtuoso y humilde, pacífico y considerado, y cuerdo, y no liviano sino grave y riguroso, y celoso de las costumbres, y amoroso y de misericordia, y compasivo y amigo de todos, sin que también temeroso de los dioses.

Pero hete aquí que un día entre los días el buen rey murió, y su pueblo, que le amaba tiernamente, quedó sumido en la más terrible desesperación. Llegada la noche, vióse dominado por enemigos que desde antiguo le acechaban y entregado a prácticas de baja hechicería. Ciegos, delirantes, sin una luz siquiera que en propia pena hubiera tamizado, quisieron transmitir al sol la energía humana; y la astucia azteca puso así a la antropofagia cósmica sobre todos los orígenes de las cosas nahuas. Surgía el rito brutal. Porque sobre la memoria cándida de Quetzalcoalt, los enemigos colocaron la fuerza de la magia con sus oráculos y presagios. Entonces, los sortilegios, los hechizos, éstas verdaderas “sabandijas con alas”, se juntaron, se cernieron en el polvo; se mezclaron, se multiplicaron con el viento y, hartas de su propia podredumbre, devoraron la sangre de los esposos, de los niños, de las doncellas de senos florecidos. La mano diabólica había creado a Huitzilopachtli, el genio de la fiebre y de la locura. Así, un aire pesado y turbio envolvió definitivamente a los toltecas, que no osaron levantarse jamás contra la iniquidad.

Y el gorrioncillo de la alta moral, volando, huyó al bosque... entre visos azules y negros.

La realidad ha nutrido, una vez más, a la leyenda. Su materia consuetudinaria ahora es narración incandescente, mito delicioso que ha transformado, a su sabor, la posibilidad física e histórica en delgada sombra silente. Es el encanto supremo que en él encontramos. Créalo, lector: si fuese apenas trozo de historia, mórbida carroña residual de hechos, destruiríamos su contenido vital, que llega a ser pura negación de los efímeros hechos. El apólogo consiste, pues, en ser lenguaje simbólico de una eterna realidad fundamental. No es una historia determinada: es la historia general del esplendor y la miseria. Ahí están, dentro de la vial del hombre, infinitas veces, esculpiendo ora sean maderos de dolor o bondades aladas tan desabridas de materia, que, se diría, son vislumbres instantáneas del Cielo. Y ahí están para siempre y sin reposo.

Pero volvamos a la *historia* del Imperio Azteca. ¿Quién lo diría? ¡La remota edad azteca viene hasta nosotros galopando merced a la sobria fragancia de la leyenda! Desde el espejo de la grulla encantada en el cual se reflejaba un cielo estrellado en pleno día, descendiendo hasta el conflicto de los Moctezumas y Nezahualcoyotls como en la ígnea carroza del Profeta. No se trata meramente de una figura poética, sino de que el pasado, la antigüedad esencial de Méjico se descubre con absoluta nitidez en el perenne antagonismo entre el bien y el mal, lo primero y lo último en el orden del tiempo. Hubiera bastado dejarla latiendo en el cosmos, con su dignidad de módulo y de norma ejemplares. Pues el historiador azteca tuvo la escrupulosidad del rapsoda: lo moribundo y caduco le pareció imposibilidad histórica. Hasta el punto que tomó de la histórica fluencia lo estrictamente necesario; no la flor, sino su perfume. Por él la historia del antiguo Méjico quedó suspensa en el aire, sin dejarla poner pie sobre las ruinas, y ahora nosotros, forjadores de sucesos positivos, la hemos buscado dentro del limo oscuro, cuando estaba ahí suspensa... ahí en pasajes épicos de inusitada hermosura.

El arqueólogo, con la pica en la mano, se lanzó tierra adentro hacia donde la historia del Imperio se cuajó en piedras ciclópeas con forma de pirámide, en santuarios y templos erizados de cuerpos de serpientes, en jeroglíficos que aprendieron "la torsión del heliotropo", en imágenes femeninas tan frágiles que asimilan tiernas espigas de maíz, hechas más que nunca de los violetas, de los rojos, de los blancos desvanecidos. Y la levadura legendaria quedó allí nuevamente confirmada. Y allí eso que algunos creían cuento alucinado va abriendo estelas de maravilla. De estas piedras, hincadas fuerte, decisivamente en la cronología, brotó también el orbe fantástico. Articuladas por el genio del artífice, están unidas para siempre la acción legendaria y el suceso verídico. Ya no puede, sin embargo, hacerse consistir los textos poéticos del Méjico arcaico en meras leyendas, aunque, por lo esenciales, permanecerán siempre únicos, nuevos y sorprendentes. Son monumentos —pirámides, esculturas, bajorrelieves— de calidad linderiza, como es, según Platón, la naturaleza del hombre.

¿Qué nos cuentan, en resolución, estos pétreos monumentos? Pues... lo mismo que en los textos literarios quedó sujeto a la expansión clásica. Al resbalar los arqueólogos su mirada por ellos, que han recogido el paso del tiempo en su inmovilidad incógnita, encontraron las huellas del combate entre dos pueblos opuestos en sus concepciones de la existencia: el tolteca, gentes de religión y de arte, y el azteca, todo el fieramente humano. De uno u otro modo, llegamos, por tanto, a conocer que los dioses aztecas, digamos ya aquí: toltecas, no fueron bárbaros como nos dice Claude Roy. Si la religión tolteca resultó luego afrentada, si se le sorprendió en contubernio con el crimen, se debió a los sátrapas y sacerdotes aztecas, que por sí mismos y al pie del *Cu*, como los romanos ante la edícula de Thot, desollaban a las víctimas. Hacinados en el templo, y pretendiéndose virtuosos, humildes, pacíficos y considerados, y cuerdos, y amorosos, y misericordiosos, y comprensivos, y devotos, constituyeron una levadura horripilante de incalculable energía criminal.

Y allá estarán siempre esperando a cuantos deseen llevar dentro de sí deformados los principios de cualquier religión.